

BLANCO Y NEGRO

Miraba por la ventana. Llovía, y ya había apostado por una de las gotas que se deslizaban por el cristal... Perdí. Las nubes comenzaron a disiparse y dejaban al descubierto el cielo, gris. Los rayos del sol se abrían paso entre los claros que componían los algodones blancos del cielo. Después de dos días de tormenta veraniega, al fin, las aceras, grises, comenzaban a calentarse. Las hojas blancas de los árboles agradecían aquella cálida lucecilla que se extendía hasta el tronco, negro. Las fachadas de los edificios se confundían con las nubes, blanco impoluto. Mirara donde mirara solo encontraba negro, gris y blanco.

Me equivoqué. Mientras veía como las nubes se alejaban unas de otras, un arcoiris cruzó el cielo. Violeta, naranja, azul, verde, amarillo, rojo... Tú. Recordé entonces el día que pasé contigo el verano pasado.

Sé que de la mesa cogí el libro de Virginia Woolf, lo abrí, página ochenta, continué leyendo: " Si algún ser humano ha logrado dar expresión completa a su obra, ha sido Shakespeare. Si ha habido jamás alguna mente incandescente, que no conociera los obstáculos, pensé, mirando de nuevo a los estantes, ha sido la mente de Shakespeare".

Fue cuando terminé el capítulo tres que me interrumpiste. Gritaste "¡BOOM! ¡BOOM!" mientras tirabas con fuerza caramelos a varios metros de ti. Salí al balcón, blanco excepto la barandilla que era negra; apoyada en ella, vi como te revolcaste por el suelo, no podría no haberlo hecho. Triunfante y sonriente te pusiste en pie, rápidamente sacudiste el polvo de tu cuerpo y una nubecilla grisácea comenzó a formarse a tu alrededor, esas pequeñas partículas se despegaron de tu ropa, multicolor, como el arcoiris.

Preocupada, recogiste una mochila con cientos de bolsillos, cada uno de un color, el más grande lo ocupaba un plantón de Jacaranda, nunca había visto tantos colores juntos. Todo en tí me resultó adictivo. El lila junto al marrón del tronco formaban una combinación agradable aunque extraña, la gama de colores pastel de tu mochila me fascinó y los colores brillantes de tu vestuario hacían que no pudiera dejar de mirarte. Me colgué de la barandilla y me solté mientras hablabas con tu planta. Al fin me viste, nos vimos. Tú eras la chica de colores en un mundo en blanco y negro.

No costó mucho convencerte para que me aceptases en tu pequeño grupo de aventura, sé que también te emocionaste porque alguien más quisiera compartir esos momentos tan especiales contigo.

Decidimos hacer un repaso de los bártulos que iban a ser necesarios para aquel día, quise empezar nuestra lista con agua y comida, algo sencillo porque nunca se sabe dónde te puede entrar el gusanillo. Como seguías pensando, añadí cuerdas a nuestra lista; imagínate si hubiésemos tenido que trepar a un árbol o nos hubiera tocado tirarlo abajo. Lo tuviste clarísimo, las cuerdas eran importantes, sí, pero basándote en la experiencia de años, lo que te empeñaste en llevar fue tu libro de pociones para, según tú, poder curarnos de los hechizos de las brujas que paseaban de incógnito por la calle. Quisiste hacer hincapié en la importancia de las buenas entradas y salidas en

los combates así que añadiste bombas de humo de colores, cómo no. En lo que más insististe fue en llevarnos un diccionario de bolsillo porque, al parecer, conocer el nombre de todas las cosas era totalmente imprescindible. Te emocionaste al recordar que llevabas todo eso guardado en los diferentes departamentos de tu mochila, cómo no se me había ocurrido, tú ya estabas de aventura cuando salté.

Habiendo hecho un repaso general de todo lo que llevabas cargado a la espalda, sacaste de la mochila el libro de pociones, que no era otra cosa que una libreta llena de anotaciones y siguiendo los pasos que había escritos en una página, sacaste también unas especias y las esparciste por el suelo, todo un ritual, vaya. A ti todo ese procedimiento te mostró por dónde ir para capturar a quien antes lanzaste las bombas, o sea los caramelos.

Al parecer tu hechizo funcionó, viste a alguien al final de la calle. Me hiciste señas muy en silencio. Querías que yo fuese por la izquierda y lanzase una de las bombas de humo. Me sorprendió ver que allí no había nadie. De todas formas así lo hice. No esperaba que sucediera nada al lanzar la bola pero, cuando lo hice, el aire se tornó azul, quizá un poco morado y entre aquella humareda vi tu sombra moviéndose. Ataste con la cuerda a quien buscabas, aunque solo se distinguía su figura por estar manchada del color del humo, tú sabías que era él, Aburrimiento.

Sacaste de tu mochila un bocado después de comprobar la calidad del nudo que hiciste con la cuerda.

Mientras tú comías, creció en mi interior un sentimiento que durante todo ese día había estado ahí sin yo saberlo. Lo que pensaba decirte acabé gritándotelo: "¡Me gustaría ser tu amiga!" Qué ridícula soy. Masticaste dos veces más antes de tragar y dirigiste tu mirada hacia mí, confundida con los ojos muy abiertos sacaste el diccionario de bolsillo, lo abriste por la única página marcada y me lo enseñaste. Solo había una palabra subrayada "amiga". Mientras una lágrima rodaba por tu mejilla, sonreíste. Yo también lo hice, por primera vez en mucho tiempo era feliz.

Ahora estoy aquí mirando por la ventana, recordando cómo acto seguido explotaste, justo como cuando pinchas un globo. No me extrañó viniendo de ti y es que se esparció confeti y directos al cielo, volaron fuegos artificiales que pintaron de todos los colores, aunque solo fuese por un momento, el cielo: violeta, naranja, azul, verde, amarillo, rojo.

Juro por el arcoriris que este no es un recuerdo triste. De hecho, ahora sé que algún día compartiremos más aventuras juntas, vendrás lanzando explosiones de caramelos contra mi puerta o entrarás, montada en una montaña rusa, por la ventana de la cocina.

Así eres tú; y es que Virginia Woolf se equivocaba, porque nunca fuiste, ni eres, ni serás Shakespeare pero tú le diste sentido completo a mi obra aunque solo fuera un día de verano.